



Lope de Vega Carpio

¡Ay, verdades, que en amor...!

Personas:

Don JUAN, galán
MARTÍN, gracioso
CELIA, dama
INÉS, criada
Don GARCÍA, galán
ALBERTO, amigo de García
CLARA, dama
JULIA, criada
PRADELIO
LEONCIO
LEANDRO
LISEO, criado
PERSEO
ALBANO
LAURENCIO, escribano
DAMA1
DAMA2
MÚSICO1
MÚSICO2

(Salen CELIA e INÉS, con mantos. Don JUAN y MARTÍN.)
CELIA Porfiar no es cortesía, y más con una mujer.

JUAN ¿ Cuándo ha sido agravio el ver ni el rogar descortesía? Porque pedir luz al día, oro al sol, plata a la luna, ¿ cuándo fue culpa ninguna?

CELIA Culpa es grande porfiar el que no puede alcanzar lo que siguiendo importuna.

JUAN César no hubiera llegado al imperio si no hubiera porfido, ni tuviera del mundo el ceptro envidiado. De Troya se vio vengado porfiando Agamenón, y pudo Pigmalión volver un mármol mujer, y el campo del mar romper con lienzo y tablas Jasón.

CELIA ¿ Historias? ¡Oh qué donaire!

JUAN ¿ Quién persuade mejor?

CELIA Caballero historiador, toda vuestra prosa es aire. Id con Dios.

JUAN ¡Bravo desaire dese tallazo es no ser, en dejarse ver, mujer!

CELIA Si os habéis de arrepentir, yo sé que es dejaros ir mejor que dejaros ver.

JUAN Tener en cárcel oscura el sol de esos ojos bellos, ingrata al cielo, que en ellos copió su misma hermosura; poner en prisión tan dura sus jazmines y claveles sinrazones son crüeles. Dejaos, señora, mirar, porque os pueda retratar el alma, divino Apeles.

CELIA ¿ Otra historia?

JUAN ¡Que seáis tirana de tanta nieve!

CELIA ¡Qué poco la nieve os debe, si arrendador me llamáis!

JUAN Pues ¿ para qué la guardáis?

CELIA Para el verano le guardo.

JUAN Desde aquí la nieve aguardo, si me decís vuestra casa.

CELIA Eso los límites pasa de vuestro ingenio gallardo. Extraños los hombres son, pues, sin ver una mujer, su casa quieren saber. ¡Qué liviandad! ¡Qué traición! Aquí no obliga afición, pues no amáis lo que no veis; luego de liviano hacéis esta necia diligencia, o ¿ por ver mi resistencia tanta codicia tenéis?

JUAN ¡Notable error!

CELIA ¿ Cómo error?

JUAN Vos lo veréis.

CELIA ¿ Cuándo?

JUAN Agora. De cuerpo y alma, señora, ¿ cuál tiene mayor valor?

CELIA El alma.

JUAN Luego mi amor no fue liviano argumento si tiene por fundamento amar el alma que vi.

CELIA ¿ Vos visteis mi alma?

JUAN Sí.

CELIA ¿ Dónde?

JUAN En vuestro entendimiento. Luego, sin ver vuestra cara, bien me pude enamorar y la casa preguntar donde la vista ocupara y el cuerpo al alma igualara; porque fuera yo muy necio si creyera, en su desprecio, que diera el cielo, su autor, a joya de tal valor caja de tan poco precio.

CELIA Vos sois hombre peligroso. Id con Dios.

JUAN Oíd.

CELIA Decid. (Hablan aparte don JUAN y CELIA.)

MARTÍN Y ella, ninfa de Madrid, ¿ piensa con tanto reposo hacerme gastar a mí la prosa que a mi señor?

INÉS ¿ Cómo me hablar de amor sin haberme visto?

MARTÍN Ansí. Pues ¿ qué pleito tengo yo que pueda solicitarme? ¿ Qué valonas que lavarme?

INÉS ¿ No sabe otras cosas?

MARTÍN No; que, en viendo mujer que sea de mi parte no sé más de "¿ Quién eres? ¿ Dónde vas? Bien te aliñas. No eres fea. ¿ Tienes cúyo? ¿ Eres mostrenca? ¿ Dónde posas? Di tu nombre. ¿ Quieres un hombre muy hombre? Quítese allá; quedo, penca." ¡Por vida del rey de copas, que de una tamborilada dejo a la más entonada!

INÉS ¡Cómo en lo vivo me topas!; que, en viendo un hombre de rumbo, deseo verle en galeras.

MARTÍN Pues, hermana, no me quieras, que yo blasono y retumbo; todo soy armas.

INÉS Pues yo nunca de fieros me obligo; mansos quiero, tiernos sigo, que bravos hablantes no. Lo que gasta el escribano y el señor procurador, lo que se lleva el dotor y la fe del cirujano, más lo quiero en gorguerán y aun en parda picardía.

MARTÍN Pues descúbrete, luz mía, que también soy yo galán de los que dan en dinero el moño y la bigotera; que, si eres dama espetera o tarima saber quiero.

INÉS No puedo, porque se parte mi ama.

CELIA No me sigáis.

JUAN ¿ No os veré?

CELIA Si me buscáis...

JUAN ¿ Adónde?

CELIA ...en la misma parte.

(Vanse CELIA e INÉS.)

JUAN ¡Bizarra mujer!

MARTÍN ¡Famosa!

JUAN No se descubrió.

MARTÍN Ni a mí su criada.

JUAN A un lado vi por brújula cierta rosa, campo de una clara estrella.

MARTÍN Yo la sigo.

JUAN ¿ Para qué? Pues de vella me libré, ¿ no estaré mejor sin vella?

MARTÍN ¿ Eso dices?

JUAN Si es mujer que el alma puede inquietarme, yo quiero sin ver quedarme por no perderme por ver. Si viese un hombre venir un león, ¿ no es más cordura darle la espalda segura que no quererle seguir? Cuando hay un toro furioso y sin resistencia humana, ¿ no es mejor una ventana que espada y capa en el coso? Cuando un juez está airado, ¿ no es mejor estar seguro por el extranjero muro o por el propio sagrado? Cuando hay un pleito que en él se pueden dos concertar, ¿ no es mejor que no aguardar una sentencia crüel? Pues así en esta ocasión me libré, con no la ver, de hallar en esta mujer toro, juez, pleito y león.

(Salen don GARCÍA y CLARA.)

GARCÍA Pintarte su condición, hermosa Clara, sería "la luna, el mar, la porfía, la mudanza y la traición." Luna, en crecer y menguar; mar, en bonanza y tormenta; porfía, en que lo que intenta se ha de hacer y ejecutar; la mudanza, en que parece tornasol, y la traición, en que, mostrando afición, al mismo tiempo aborrece. Esta es Celia, y yo soy quien amo la luna y el mar, el mudarse, el porfóar, y aun la traición quiero bien; que con todos los defetos que ves, son sus gracias tales, que nacieron celestiales para examinar discretos. Amar un hombre en virtud de amarle es ley de razón, y discreta perdición amar con ingratitud. Yo no entiendo estos secretos; mas dicen los entendidos que es amar aborrecidos razón de estado en discretos.

CLARA ¿ De manera, don García, que es ley de la discreción querer a quien sin razón aborreciendo porfía? Debe de ser por fineza, porque querido querer pienso que debe de ser la ley de Naturaleza; que querer donde el rigor extiende sus asperezas más parecen que finezas bachillerías de Amor. Pero, pues habéis venido a que os

ayude a vencer el desdén desta mujer y el agravio de su olvido, mirad que habéis de dejar de ser discreto también, pues amaréis sin desdén y con desdén se ha de amar.

GARCÍA No agravia la discreción, Clara, hacer las diligencias, que conquistar resistencias efetos discretos son. Al que cercase un lugar, ¿no sería valentía sufrir de noche y de día defensas sin pelear? Por eso advierte mi intento en lo que has de hacer por mí.

CLARA Ya lo estoy.

GARCÍA Pues oye.

CLARA Di.

GARCÍA Amor es conocimiento de las partes de quien ama, por donde se viene a amar, las cuales suelen llegar por terceros a una dama mejor que por propia vista; que la buena información califica la opinión, facilita la conquista. Tú, pues, no como tercera, que tienes muy poca edad para vender voluntad, sino en razón de primera, has de fingir que, celosa, a Celia vas a rogar que no me permita entrar en su casa, porque es cosa que suele, al mayor desdén, tocar al arma en el alma, y al sueño de mayor calma despertar a querer bien. Añadirás a estos celos las partes que no hay en mí, con que, envidiosa de ti, abrirá puerta a desvelos, que celos y privación, y el ver que me adoras, Clara, y que tu talle y tu cara, calidad y discreción desprecio por su desdén, hará por dicha en su fría condición más batería que haberla querido bien.

CLARA ¡Qué arbitrista, de que hay tantos en esta edad, como amor! ¡Brava industria!

GARCÍA La mejor, aunque se consulten cuantos remedios se han inventado contra desdenes.

CLARA Quisiera decirte, si me atreviera, una cosa que he pensado.

GARCÍA Cuando sea contra mí te doy licencia.

CLARA Mirando tus prendas y reparando que Celia te trate así, sospecho que me has callado que a otro debe de querer.

GARCÍA ¿Querer? ¿Cómo puede ser donde es Argos mi cuidado? Que los ojos del pavón no se igualan a mis celos, ni las luces de los cielos como mis cuidados son. Si un hombre un átomo fuera y en sus aposentos, Clara, cubierto del sol entrara, pienso que mi amor le viera.

CLARA Calla, que sabemos mucho las mujeres.

GARCÍA Lo confieso, mas mis celos son exceso.

CLARA Tu seguridad escucho en fe de su condición, y voy con una criada a fingirme enamorada de tu talle y discreción; pido celos, finjo pena que nunca tuve por ti.

GARCÍA Pues escoge desde aquí, Clara, vestido o cadena.

CLARA Cadena es mejor, García, que el oro crece el valor, porque el vestido mejor vale menos cada día.

GARCÍA Agora sí que pareces tercera contra el decoro de la edad, que amas el oro y las galas aborreces.

CLARA García, por interés tomo, si a escoger me dan, galas del que es mi galán y oro del que no lo es.

(Vanse. Salen CELIA e INÉS.)

INÉS ¡Peregrina novedad, habiendo tú despreciado a tantos que te han mirado!

CELIA Yo nací sin voluntad, potencia que me faltó.

INÉS Por ella, que así lo siento, dos partes de entendimiento Naturaleza te dio; mas no naciste sin ella, pues la tienes a don Juan, que esas ansias que te dan por sus partes nacen della.

CELIA No, Inés; yo no la tenía, que en acabando de velle la creí para querelle, Naturaleza aquel día.
INÉS Estaba por darle vaya a tu antigua libertad.
CELIA Ya que sé que hay voluntad, no hayas miedo tú que haya más peligros para mí.
INÉS Luego ¿no verás este hombre?
CELIA Yo no sé más de su nombre, y en esto dichosa fui; porque si supiera más, mayor daño me viniera.
INÉS ¿Qué daño?
CELIA Que le quisiera, y no he de querer jamás.
INÉS ¿Y si te le busco yo?
CELIA No quiero por don García ver mi opinión algún día en lo que jamás se vio; que está loco, y con los celos será mayor su locura. Yo he tenido, y es cordura, a más piedad de los cielos no saber quién es don Juan, que este amor fue un accidente.
INÉS ¡Gran ruido!
CELIA ¡Extraña gente!
INÉS Tras un caballero van.

(Salen LEONCIO, PRADELIO, LEANDRO, acuchillando a don JUAN.)

JUAN Nunca el valor se acobarda, puesto que ejércitos fueran.

LEONCIO ¡Muera el villano!

JUAN ¡Mentís!

PRADELIO Con espadas no hay afrenta.

LEONCIO A buen sagrado se acoge.

PRADELIO A la casa lo agradezca donde se ha entrado.

(Vanse LEONCIO, PRADELIO y LEANDRO.)

INÉS ¡Ay señora!

CELIA No huyas, Inés; no temas.

INÉS ¿No ves que se ha entrado en casa un hombre de la pendencia?

CELIA Tengo el ánimo gallardo. No hay cosa que me parezca más bien que un hombre riñendo, si tiene brío y destreza. Vuesa merced se sosiegue.

JUAN Tendré, señora, vergüenza de haberme aquí retirado.

CELIA Hombre que tan bien pelea, defendiéndose de tantos, no quiero yo que la tenga. (INÉS) ¡Jesús! ¿No es éste don Juan?

INÉS (CELIA) El mismo; para que veas que no hay prevención humana para huir de las estrellas.

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN Aquí pienso que se entró.

JUAN ¿Eres tú?

MARTÍN ¿Qué es esto? ¡Fuera! ¿Dónde están esos gallinas? Mataré...

JUAN ¡Detente, bestia!

MARTÍN ¡Todo el mundo no es bastante!

JUAN Ya como San Telmo llegas. ¿Adónde estabas?

MARTÍN Jugando en el zaguán de Florela el barato que me diste. Oí que cuarenta rucas le daban como a tu espada, y salí como si fuera un novillo de Jarama.

JUAN (MARTÍN) Espera, Martín. ¿No es ésta la dama que vimos hoy?

MARTÍN (JUAN) Que en el talle lo parezca no es mucho, que es extremado.

JUAN (MARTÍN) ¡Qué dicha tendré si es ella!

CELIA En habiendo ese valiente digo valiente por señas acabado su papel, aunque es gustosa materia, diré yo también el mío, si vuesa merced se asienta. Una silla, Inés.

JUAN ¡Señora! (Siéntense.) ¿Tanta merced?

CELIA Diome pena el veros reñir con tantos, si bien fue vuestra defensa con tan bizarro valor... ¿Estáis herido?

JUAN Pudiera. Sólo un rasguño en un dedo me ha dejado la pendencia, desagravio de un mentís, pues habiendo sangre, cesa.

CELIA Sentaos, que le quiero ver.

JUAN No es nada.

CELIA Aunque menos sea. Ataros quiero un listón.

JUAN Será del Amor la venda.

CELIA ¿Queréis agua?

JUAN ¿Para qué?

CELIA La sangre alterada templa.

JUAN Yo no he caído.

CELIA Es verdad. Y que no caigáis me pesa en quien deseastes ver hoy con tantas diligencias.

JUAN El alma me lo había dicho. Mirad si soy cosa vuestra, que en el peligro que estuve me vine a mi propia esfera.

CELIA Bien os habéis disculpado.

MARTÍN Y ella, señora doncella, ¿no me pone algún listón?

INÉS Pues ¿hallóse en la pendencia?

MARTÍN Pues si no fuera por mí, ¿mi amo ya no estuviera en Santa Cruz, en las andas, adonde, quien fuere sea, en tanto que se averigua, le ponen a la vergüenza?

INÉS Y ¿está herido?

MARTÍN ¡Pesía tal! Traigo las tripas de fuera.

INÉS Pues ¿cómo pide listón?

JUAN ¿No es justo pedir licencia, señora, para serviros?

CELIA De la cortesía vuestra no quiero mostrar disgusto, si el cielo quiere que os quiera; pues no sabiendo de vos, huyendo de vuestra ofensa, como garza que adivina de los halcones que vuelan el que la puede matar, que vengáis a verme ordena dentro de mi propia casa; y será cosa tan nueva, que habéis de vengar a algunos que son lince destas rejas. Celia es mi nombre. En Madrid es notoria mi nobleza. Mi dote soy yo no más, porque soy más que mi hacienda. Con esto y guardar la cara a mi opinión, será cierta mi voluntad en serviros.

JUAN La relación es tan buena que se acobarda la mía. Yo me llamo don Juan Guerra. Soy señor de la Montaña desta casa, que pudiera honrar títulos y grandes. Sacáronme de mi tierra pretensiones en la Corte, porque, viendo que se premian méritos en esta edad, he querido que lo sean servicios de mis pasados, de que mostraros pudiera hazañas que honran sus armas; que no hay blasones sin ellas. Seré vuestro, ¡vive Dios!, conociendo la excelencia de vuestras partes y viendo que no me valió el no verlas, pues, si así puedo decirlo, con invención mis estrellas me han traído a vuestra casa y adonde por fuerza os vea.

CELIA ¿Guerra sois? ¿Qué maravilla que vuestro talle me hiciera guerra en el alma? Ahora bien; lo que los cielos conciertan, vanamente lo desvían consejos y diligencias.

MARTÍN Dígame vuesa merced, pues nuestros amos se enredan, las partes de su persona.

INÉS Inés soy.

MARTÍN ¿Inés a secas?

INÉS ¿No basta Inés?

MARTÍN Para propia basta y sobra; pero sepa que está el mundo en un estado que la más pobre doncella ha menester tantas galas como si nacido hubiera heredera de una casa. ¡Cuerpo de tal! ¿No pudieran, como quitaron las calzas, quitar manteos de tela? En tiempo del Rey Segundo así las cosas se aumentan hubo mantos de burato y medias de carisea. ¿Cómo ha de casarse un hombre si una mujer trae a cuestras todo el dote en una tarde?

INÉS ¿Quiere que le diga que ésta es la edad más acertada?

MARTÍN ¿Cómo?

INÉS Una mujer no llega a la mitad de la edad de un hombre, pues si se cuenta por la mitad que ellos viven, ¿no será justo que tenga, lo poco que dura hermosa, galas con que lo parezca? Un hombre, aunque esté más viejo, se viste como si fuera mozo; pero una mujer ¿qué se pone en siendo vieja? Sin esto, el darles manteos no pienses tú que es por ellas; mas por honrar el lugar donde la Naturaleza les dio el ser que tienen de hombres, que si no, no le tuvieran.

MARTÍN En mi vida pensé oír cosa tan aguda y nueva. Y agora caigo en la causa por que doran con mil ruedas los lazos de las guitarras.

INÉS ¿Cómo?

MARTÍN Porque se gobiernan las voces por donde el aire sonoro en el centro suena. Yo, Inés, me llamo Martín, hijo de una honrada dueña, que, andando sobre mi nombre en demandas y respuestas, desde una jaula que estaba acaso sobre una mesa, respondió un tordo, "Martín".

INÉS Bien dijo, para que sea, como de tordo, el "Martín" pronóstico de tu lengua. (Sale LISEO, criado.)

LISEO De dos sillas deste tiempo, en que van a la jineta las damas, que con los coches divorcio hicieron por ellas, si no me engaña la traza, ama y criada se apean y, preguntando por ti, piden para entrar licencia.

CELIA Ya que fuiste necio, di que entren.

JUAN Y yo con la vuestra me voy.

CELIA Con cuidado quedo.

JUAN Bien podéis, pues que se queda todo cuanto soy con vos.

MARTÍN Advierte, Inés, que me tengas por lo que soy.

INÉS Y tú a mí por más bellaca que necia.

(Vanse don JUAN, MARTÍN, y LISEO. Salen doña CLARA y JULIA, criada.)

CLARA Debo de haber estorbado tan buena conversación.

CELIA Las que yo tengo no son de gusto ni de cuidado; si bien tal vez visitada destes deudos caballeros.

CLARA Deseaba conoceros.

CELIA Eso me diréis sentada. (Siéntense.)

CLARA Desde una Pascua que os vi en la Merced, os cobré grande afición.

CELIA Que os hablé me acuerdo.

CLARA Puesto que os di palabra de visitaros, mudar casa no me dio lugar.

CELIA Recibiera yo merced de veros y hablaros. ¡Qué bien tocada venís!

CLARA Antes vengo descuidada.

CELIA Así el descuido me agrada.

CLARA Vos lo veréis si me oís, que más que cabellos veis me traen celos de vos.

CELIA ¿De mí?

CLARA Sí.

CELIA ¡Válgame Dios! ¿Celos, y de mí, tenéis?

CLARA Pues ¿de quién con más razón?

CELIA ¿Sabéis mi nombre?

CLARA Mis celos, Celia, nacen desos cielos; que celos y cielos son.

CELIA ¿ Son requiebros o son celos?

CLARA Celos y requiebros son; que ese talle y discreción juntaron celos y cielos.

CELIA Si os ha querido picar algún galán mentecato, destos que andan en retrato que no se puede mudar, no sé cómo me buscó, que suelo ser recatada.

CLARA No habéis de escuchar cansada.

CELIA Sentada os escucho yo.

CLARA Don García, que yo creo que no negaréis el nombre, caballero, gentilhombre, puso en mi talle el deseo. Mirad cuán poco rodeo lo que he venido a deciros. Papeles, noches, suspiros rindieron mi condición, porque ya sabéis que son de nuestra flaqueza tiros. Su gala, su bizarría, su discreción, su donaire, aquel despejo, aquel aire, gracia, lustre y valentía bien serán disculpa mía, que no sé yo qué mujer se pudiera defender de un hombre de tantas partes, sobre las industrias y artes con que nos hacen perder. Finalmente, no contento, como mozo desta edad, de una sola voluntad, o porque su pensamiento no aspiraba a casamiento, o, la más cierta razón, el faltar la estimación, si llega a trato el empleo; que se desmaya el deseo en viendo la posesión, comienza a mostrar disgusto, y el gusto en desdén resuelve, que, cuando la espalda vuelve, cobarde batalla el gusto. Mas, viendo que no era justo dejarme tan obligado, de tal manera a mi lado las noches amanecía que Amor vergüenza tenía de verse a su lado helado. Con esto, quise saber la causa; que claro estaba que hombre a quien mujer helaba abrasaba otra mujer. No fue difícil de ver, pues yo propia entrar le vi en vuestra casa; que fui la misma que le siguió, porque no fôara yo mi mal menos que de mí. A quien de tal discreción dotó el cielo, Celia mía, basta decir que García me tiene esta obligación. Que entre no será razón en vuestra casa, y conviene a vuestro honor, porque tiene gracias que os han de engañar; que del mucho confôar la mucha deshonra viene.

CELIA Yo os he escuchado, y querría que me escuchádes vos.

INÉS No podréis hablar las dos. Dejaldo para otro día, que viene aquí don García.

CELIA Allí os podéis retirar; que no os puedo asegurar mejor que hablando con él.

CLARA Vengadme deste crüel.

(Escóndense CLARA y JULIA. Sale don GARCÍA.)

GARCÍA ¿ Puedo entrar?

CELIA Podéis entrar.

GARCÍA Dos sillas he visto aquí. ¿ Venís de fuera o vais fuera?

CELIA Pasó el tiempo que pudiera daros relación de mí. La que ahora os puedo dar es que no pongáis los pies en esta casa.

GARCÍA ¿ Después que en ella merezco entrar? No sé que diese ocasión que ansí incite vuestra ira, si no es que alguna mentira me ha puesto en mala opinión.

CELIA Aquí no hay que replicar, don García; estad seguro que el honor que yo procuro no me le habéis de quitar; y a tanta resolución el iros es la respuesta.

GARCÍA Bien clara se manifiesta la siniestra información. Yo me iré, no solamente de vuestra casa, señora; que os prometo desde agora no volver eternamente a Madrid, donde nací.

CELIA Agora un mozo galán en Génova o en Milán está mejor.

GARCÍA Es ansí, que también yo tengo honor, y nadie, por singular que sea, me ha de tratar con tan áspero rigor. Una bala de un francés tendré por menos agravios que escuchar de vuestros labios, "No pongáis aquí los pies". Mandad, Celia, que me den esos papeles, no sea mi desdicha que los vea alguno que os quiera bien y se burle, venturoso, de un hombre tan desdichado.

CELIA De aquel contador dorado saca, Inés, con un celoso listón atados en él, deste galán los papeles.

(Vase INÉS.)

GARCÍA A desdenes tan crüeles, Celia, paciencia crüel, que sólo me ha de vengar Milán de vos y de mí.

CELIA ¡Qué humildad!

(Vuelve INÉS con los papeles.)

INÉS Ya están aquí.

CELIA Pues bien se los puedes dar. Esa carga de mentiras lleve por fieltro a Milán vuesa merced.

GARCÍA ¿Aun no están satisfechas tantas iras? ¿Qué es de un retrato que os di?

CELIA Ese naípe en medio está; baraje y luego saldrá, y dele a Clara por mí.

GARCÍA Ya con Clara se declara la causa; mas no será de Clara, pues roto está.

(Rompa el retrato.)

CELIA ¿Qué os ha hecho vuestra cara que la habéis tratado así?

GARCÍA Aunque ya no me aprovecha, desmiento vuestra sospecha para que se quede aquí. (Vase.)

CELIA No quedará, porque yo sabré arrojarle a la calle.

(Arrójale, y salgan CLARA y JULIA.)

CLARA Quien así supo tratalle mayores celos me dio. ¿No me diérades a mí los pedazos?

CELIA ¿Para qué?

CLARA ¿Enfadada estáis?

CELIA No sé. (Vase CELIA.)

CLARA Perdonad si os ofendí.

JULIA Oye, hidalga.

INÉS ¿Qué me quiere?

JULIA Lo que es Martín, no entre acá...

INÉS ¿También ella?

JULIA ¡Bueno está! O su San Martín espere.

INÉS ¿Hay papeles o retrato que me pida, a imitación de su ama? (Vase.)

JULIA Es tentación; que si el cabello arrebató no le ha de quedar...

CLARA No más. ¿No miras que estoy aquí? ¡Qué bien los celos fingí!

JULIA Buena cadena tendrás si Celia no se divierte.

CLARA Celos son como sangrías, que en ocasiones y días o dan la vida o la muerte. (Entrense, y salgan don JUAN y MARTÍN.)

JUAN No he sabido defenderme.

MARTÍN Donde la ocasión es tanta, ¿qué valor tuviera fuerzas, qué entendimiento bastara? Fuero deso, allí te trujo la fortuna, que se encarga tal vez de ayudar a Amor, y su tercera se llama.

JUAN Yo me he de perder por Celia.

MARTÍN Perdido te imaginaba; porque no hay, después de verla, sagrado para las almas.

(Alza los pedazos del retrato.)

JUAN ¿Qué es eso que miras?

MARTÍN Miro lo que unos hombres se hallan y lo que otros pierden.

JUAN ¿Cómo?

MARTÍN A la puerta de tu dama he hallado una rica joya.

JUAN ¿Joya?

MARTÍN Una sota de espadas.

JUAN Nunca faltan donde hay sotas.

MARTÍN Media es no más. ¡Cuál estaba de desgraciado y perdido el que te rompió, borracha! ¡Vive Dios, que era retrato, y está aquí la media cara! No estaba seguro el dueño con la sota a las espaldas.

JUAN Muestra. ¿Retrato rotpido, y a esta puerta?

MARTÍN ¿Si eres causa por haber entrado aquí?

JUAN Que riñeron cosa es clara, y que Celia le rompió y le echó por la ventana.

MARTÍN Antes es ventura tuya, si con alguno baraja, que, pues él rompe los naipes, ya perdió lo que tú ganas.

JUAN Celos me ha dado.

MARTÍN ¿De qué?

JUAN No sé. Si entero le hallaras, presto nos dijera el dueño.

MARTÍN Esta media parte basta.

JUAN Pues ¿podráse conocer?

MARTÍN Si por las calles que andas le cotejas con los hombres, vendrás a hallarle sin falta.

JUAN Eso es tardar muchos días, y los celos nunca aguardan.

MARTÍN Un remedio.

JUAN ¿Cómo?

MARTÍN Escucha. De Celia es cosa muy clara que si es galán, será mozo; déstos no digamos nada, que el uso tiene disculpa. Estos, don Juan, nunca faltan de la comedia, si es nueva. Hoy estrenan una brava, en que la carpintería suple concetos y trazas. Pongámonos a la puerta, pues ya es hora de que salgan; que aquí hay un ojo y la media frente con quedeja larga, y no poco del bigote. Si te parece que basta, toma esa esquina y coteja.

(Salgan FULVIO y DARIO.)

FULVIO ¡Buena comedia!

DARIO ¡Extremada!

FULVIO Por cierto que es mucho hallar, después de haber hecho tantas, trazas y concetos nuevos. (Hablan los dos aparte.)

JUAN ¿Es alguno déstos?

MARTÍN Calla, que voy bosquejando el rostro.

JUAN Aquí salen dos tapadas.

MARTÍN No será ninguna dellas.

JUAN ¿Cómo, si no tienen barba?

(Salgan DAMA1 y DAMA2 con mantos.)

DAMA1 ¡Oh, qué gracioso entremés!

DAMA2 ¡Qué bien Amarilis habla!

DAMA1 ¡Qué bien se viste y se toca!

(Vanse DAMA1 y DAMA2. Salen PERSEO y ALBANO.)

PERSEO No he visto cosa más rara que las décimas que dijo con tales afectos Arias.

ALBANO Laurel mereció Cintor por el donaire y la gracia con que dijo aquel soneto.

(Vanse PERSEO y ALBANO.)

JUAN Ninguno déstos le iguala.

MARTÍN Ya los miro y, como tiene este naipe media cara, no le hallo la otra media.

JUAN ¡Ah, Martín! ¿De qué te espantas? Si como entera la buscas, buscaras también dos caras, yo sé que le parecieran muchos que con ellas andan. De media no hay que buscar.

(Salga don GARCÍA.)

MARTÍN Aquí un gentilhombre pasa que viene a ver cómo salen del jaulón las bellas damas. Y ¡vive Dios! que es él mismo.

JUAN Muestra. Al vivo le retrata. Los celos me determinan, por lo que me dice el alma...

MARTÍN ¿A qué?

JUAN A hablarle.

MARTÍN ¿Cómo?

JUAN Espera. Casi a vuestros pies estaba este retrato; si bien roto, puede hacer os falta.

GARCÍA Este fue retrato mío, que le rompí esta mañana en casa de una mujer tan hermosa como ingrata. Es tan mudable y soberbia que, sin razón, hoy me manda, o por locura o por celos, que no entre más en su casa. El haberle hallado aquí puede ser que de la manga se le cayese, si vino a la comedia.

JUAN ¿Que es tanta la crueldad que usa con vos?

GARCÍA Si condición tan extraña hubiéradéis conocido, yo sé que no os espantara. Si os parece que merezco algún favor, que sin causa me destierre de sus ojos y me obligue a que me vaya del mundo, que no es huir de sus mudanzas a Italia, por no sufrir condición tan áspera y tan liviana, que es tornasol de su gusto, que como a un tiempo señala dos colores, así Celia a un tiempo aborrece y ama. Díjeos el nombre; no importa, pues no sabéis de quién hablan mis celos o mis desdichas, que me llevan a las armas del de Feria, que en Milán honra su nombre y su patria. Donde tengo por mejor que de algún francés la bala me pase el pecho que el fuego de sus airadas palabras. Perdonad si cuenta os di, sin conoceros, que pasan de locura mis fortunas por una mujer tan varia que hoy busca, mañana deja, y lo que deja mañana vuelve a buscar otro día; luna de enero en mudanzas, sol de invierno, flor de almendro, falso amigo, mar en calma, mujer sola, siempre ociosa, y rica y loca, que basta. (Vase.)

JUAN ¿Qué te dice?

MARTÍN Que hablan celos.

JUAN Martín, cuando celos hablan muy lindas verdades dicen, que es vino que no las calla. No más Celia.

MARTÍN Pues ¿por qué?

JUAN Porque éste me desengaña, y escarmiento en su cabeza.

MARTÍN ¿No miras que esta mudanza nace de estimarte?

JUAN Vamos.

MARTÍN ¿Adónde?

JUAN A guardar el alma.

(Salen doña CLARA, JULIA y don JUAN.)

CLARA Paso a la calle Mayor, y quise veros, don Juan.

JUAN El que no tuviere amor será de todas galán y todas le harán favor. Lo que quisieres comprar quiero esta tarde pagar, ya que en mi casa has entrado.

CLARA No vengo a daros cuidado.

JUAN Nunca me le ha dado el dar.

CLARA Saber de vos deseaba, que ha mil años que no os veo, y porque ayer donde estaba creció, don Juan, mi deseo lo que de vos se trataba. Solíades navegar de aquesta corte en el mar sin que el agua os diese pena; pero ya cierta sirena dicen que os supo engañar.

JUAN Pues, Clara, fue impertinencia de algún galán, engañado por celosa competencia; que soy Ulises atado al árbol de mi prudencia, que, si bien me detenía cierta dama, a quien servía, de su misma condición saqué el olvido, en razón del amor que me tenía.

CLARA Que no hay para qué encubrirme en lo que os puedo servir; que, aunque más secreto y firme, de Celia os puedo decir más que vos podéis decirme. Soy su amiga desde un día que por cierto don García fingí unos celos con ella.

JUAN Ya sé yo lo que por ella ese galán padecía; que de ejemplo me sirvió para saber defenderme.

CLARA Luego ¿ya el amor cesó?

JUAN No ha cesado, pero duerme, y no le despierto yo. A la hermosa Celia vi, enamoróme, serví, obligué, túvome amor, milagro de su rigor, y mal empleado en mí. No porque le fuese ingrato; que con honesta afición la visito, sirvo y trato; mas porque es su condición del mismo viento retrato. Pienso que venganza ha sido, Clara, de Amor ofendido, pues cuanto crece su amor, sin estimar su favor, se va aumentando mi olvido. Celia es un gran casamiento, porque es muy rica y hermosa y de claro entendimiento; pero el alma, recelosa, camina en su amor a tiento. Puede ser también que el ver el rigor de una mujer, que a tantos ha despreciado, reducido a tal estado, me obligue a no la querer. Porque ver en su aspereza lágrimas, y en sus papeles locuras, a tal tibieza me obligan que son crueles mis ojos con su belleza. Porque de verla llorar, a diferente lugar miro, por no me reír y, aunque lo sabe sentir, lo sabe disimular. Así se va entretiniendo Amor de Celia, vengando los que le andaban sirviendo.

CLARA ¿Celia llega a estar llorando, y vos de verlo rñendo? ¡Brava vitoria, don Juan! ¿Dónde del amor están los blasones vencedores? No se han escrito mayores. Eterno laurel os dan. Pero guardaos, que es mujer que sabrá llorar y hacer esas finezas con vos; pero si os coge, ¡por Dios!, que os dure poco el placer. Vengará vuestros desprecios cuando no podáis comprar su amor con iguales precios.

JUAN ¿Cómo puedo yo llegar a pensamientos tan necios? Quien no se quiere perder, no se pare.

CLARA ¿Qué ha de hacer?

JUAN Querer cuanto ver pudiere, porque quien a muchas quiere a nadie puede querer. Así las libres mujeres no tienen jamás amor, variando en sus placeres, y quieren tiniendo honor por no mudar pareceres.

CLARA ¡Qué gran castigo os espera desa libertad!

JUAN Si fuera sólo con ella mi amor. Así lo paso mejor. ¿Dígame yo que me quiera?

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN Aunque te causo disgusto, no puedo dejar de darte de cierta visita parte.

JUAN Sin gusto, Martín, no es justo. ¿Quién duda que Celia es?

MARTÍN La misma.

JUAN Pues vuelve y di, necio, que no estoy aquí.

MARTÍN ¿Si viene con ella Inés, que sabe que en casa estoy?

JULIA ¿Piensas que celos me das?

MARTÍN ¡Oh Julia amiga! ¿Aquí estás?

JULIA Aquí estoy.

MARTÍN Volando voy a decirles que los dos no estamos en casa. (Vase.)

CLARA Agora creo que Celia te adora.

JUAN Cánsame el alma, ¡por Dios!

CLARA ¿Una mujer tan gallarda que te viene a ver despides? ¡Brava arrogancia! A Amor pides la venganza que te aguarda. ¡Lástima me da! No seas cruel. Llamarla es mejor, que yo a la Calle Mayor me voy.

JUAN Clara, no lo creas.

CLARA No tendrá celos de mí. Llámala, ¡por vida mía!

JUAN Ya fuera descortesía de saber que estoy aquí

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN Celia se fue recelosa, señor, de que en casa estés.

JUAN ¿Qué dijo?

MARTÍN No dijo más de que es discreta y hermosa. Echóse el manto, y sería para cubrir los enojos que en el papel de sus ojos Amor con agua escribía. Dio un suspiro que pudiera romper, no el dobléz sencillo del manto, mas si el soplillo lámina de bronce fuera. Palabras dijo de agravios, murmuradas con un "mientes" entre perlas de sus dientes y corales de sus labios. Que lloró fue cosa cierta, o si no, fueron enojos; algo llevaba en los ojos que no acertaba a la puerta. Así por el manto a Inés y ella sacó por lo bajo; fuile a remediar un tajo, y sacudióme un revés. "No conmigo picardías", dijo, "su amo está acá; que, adonde su perro está, también estará Tobías".

JUAN Yo, Clara, gusto en extremo de atropellar el rigor de mujer de tal valor.

CLARA Ya te he dicho lo que temo.

JUAN Ven al jardín, que esto es querer más mi libertad.

MARTÍN (JULIA.) ¿Cómo estamos de amistad?

JULIA (MARTÍN.) Daréle el revés de Inés.

(Vanse. Salen don GARCÍA y ALBERTO, su amigo, de noche.)

GARCÍA Pensé partirme, y no me dejan celos.

ALBERTO Así castigan al Amor los cielos. En Milán os contaba, don García.

GARCÍA Para el de Feria y Santa Cruz tenía cartas del Almirante y el de Sesa; tuvo el Amor de los cabellos presa mi determinación, y no he podido partirme, aunque mejor hubiera sido. Salgo de noche a sólo ver la puerta, alguna vez a mi favor abierta, y he visto un caballero disfrazado llegar, llamar y entrar con un crÓado.

ALBERTO Pues ¿ por qué no le habéis reconocido?

GARCÍA Si piensan en Madrid que me he partido los señores y amigos, gran bajeza fuera dar ocasión a conocerme, a herir o a herirme, a huirme o a prenderme. Cuando por dicha piensan los señores que en Saboya merezco sus favores; los amigos, que a tajos y reveses derribo por el suelo piamonteses, y algunos envidiosos, que me espera, si no la compañía, la bandera, ¿ tengo de acuchillar un embozado?

ALBERTO No he visto amante yo tan reportado. Celos, y no saber el dueño, es cosa nueva en amor, y a Amor dificultosa. ¿ No le podéis seguir?

MARTÍN También lo intento; mas son tan recatados que no siento remedio para ver adónde paran.

ALBERTO Mucho vuestras fortunas se declaran.

GARCÍA Con esto agora entenderéis, Alberto, la causa del haberme descubierto al amigo mayor, al más discreto.

ALBERTO Pues ya tenéis de mí tan buen conceto, decidme a lo que vengo.

GARCÍA Yo me imito, en una carta que hoy a Celia he escrito, como que de Milán, con un presente, la escribo, y que de vos tan justamente quise fiarla; pero habéis de darla cuando este caballero venga a hablarla, que no repararán en un soldado. Y vos, o por haberlo preguntado o ya por conocer el caballero, sabréis mejor lo que pretendo y quiero.

ALBERTO Decís muy bien; pero es inconveniente decir que traigo carta con presente; que han de pedirle y, como son mujeres, para tomar no toman pareceres.

GARCÍA Decid que le tenéis en la posada, y señalalda donde no hallen nada. Pero ella es tan bizarra que no creo que reciba el presente ni el deseo.

ALBERTO No lo creáis; que amantes, aunque ausentes, con dar presentes, estarán presentes.

(Vanse. Salen CELIA e INÉS.)

INÉS Pues remedio has de tener; no has de dejarte morir.

CELIA Cansándome de sufrir, no me canso de querer; porque a tanta desventura ha llegado su rigor que ya no parece amor.

INÉS Pues ¿qué parece?

CELIA Locura.

INÉS Los que nunca han enfermado sienten mucho cualquier mal.

CELIA Si en correspondencia igual a don Juan hubiera amado, no fuera mi sentimiento desta calidad, Inés, que ya parece interés de mi propio pensamiento. ¿Yo querer sin ser querida, no sabiendo yo querer, y que casi vengo a ser por querer aborrecida? ¿Dónde está la libertad con que a tantos desprecié? ¿Hombre se alaba que fue señor de mi voluntad? Si estuviera don García donde aquestas cosas viera, ¡qué de venganzas tuviera! ¡Ay, libre condición mía! ¿Qué artificio o qué ventura de un hombre llegó a tener imperio en una mujer, que para ser de escultura en su esquiva condición dio mármoles a los cielos?

INÉS ¿No quieres tú darle celos?

CELIA Tretas ordinarias son.

INÉS Lo que está calificado por bueno, aunque antiguo sea, eso es justo que se crea.

CELIA Pues ¿qué haremos?

INÉS Yo he pensado que finjas que de Milán te ha escrito aquel don García, que ya sabe que tenía talle y méritos don Juan para que tú le quisieras; que, cuando presente esté, al descuido te daré la carta.

CELIA Vanas quimeras para un mozuelo arrogante, que no querrá tener celos del mismo sol de los cielos, si se le pone delante.

INÉS Pues dime, si te ha cogido por los celos que te ha dado hasta haberte despreciado, siendo tu desdén y olvido asombro deste lugar, ¿por qué no será también que te venga a querer bien y que te puedas vengar?

CELIA Bien dices; pero son celos muy tibios de un hombre ausente.

INÉS Prueba hasta ver si lo siente, y añade a celos recelos.

(Salen MARTÍN y don JUAN.)

MARTÍN Háblala, ¡por Dios!, con gusto, ya que la vienes a ver.

JUAN No sé cómo pueda ser.

MARTÍN Yo sí.

JUAN ¿Cómo?

MARTÍN Porque es justo.

JUAN Cásame, ¡por Dios!, Martín, tanta Celia noche y día.

MARTÍN Pues a fe que no solía; mas todo se muda, en fin.

JUAN Apenas el alba sale cuando hay Celia con papel, que para librarme dél ningún remedio me vale. No ha llegado el mediodía cuando hay presente y recado. ¡Qué amor tan necio y cansado! ¡Qué descompuesta porfía! ¡Que aun no me puedo sentar, Martín, sin Celia a comer! Pues Celia al anochecer, ¿cómo me puede faltar? Celia, de noche, en la calle; Celia en el Prado, en el río. ¿No hay otros mozos de brío, de buen gusto y de buen talle, que me quiere Celia a mí?

MARTÍN Quedo, que te está escuchando.

JUAN Pues ¿puede faltarme hablando?

CELIA ¿Es don Juan?

JUAN Señora, sí.

CELIA ¡Mi bien!

MARTÍN (JUAN.) Responde.

JUAN (MARTÍN.) No sé.

MARTÍN (JUAN.) Eso ya es descortesía.

JUAN ¡Mi Celia! ¡Señora mía!

CELIA ¿ Qué milagro de Amor fue hacerme aqueste favor?

JUAN ¿ Favor? Haréisme correr.

CELIA Pues ¿ qué nombre ha de tener el venir a verme?

JUAN Amor.

MARTÍN (JUAN.) ¡Amor! ¡Con qué sequedad la hablas!

JUAN (MARTÍN.) Harto me esfuerzo; que sabe el cielo que fuerzo el gusto y mi voluntad.

MARTÍN (JUAN.) No queriendo en otra parte, ¿ cómo no quieres aquí?

JUAN (MARTÍN.) Pregúntalo a Amor, no a mí.

CELIA (INÉS.) ¿ Qué es eso, Inés?

INÉS (CELIA.) Oye aparte.

INÉS Ya no tienes que escribir la carta que imaginaste. Un soldado está a la puerta, que de don García las trae.

CELIA (INÉS.) ¿ Búrlaste, Inés?

INÉS (CELIA.) ¿ Cómo burla?

CELIA (INÉS.) Dile que vuelva a la tarde. No entren soldados aquí.

JUAN Señora, si es importante que yo me vaya...

CELIA ¿ Por qué? No es cosa que ofensa os hace. Cartas son de don García, que bien pudiera excusarme esta necia este disgusto. Di que mañana me hable, y que las deje, si quiere, para que don Juan las rasgue.

JUAN ¿ Rasgar yo? Pues ¿ a qué efeto? Ni que él mañana aguarde. Dile que entre.

CELIA No ha de entrar.

JUAN Sí ha de entrar, que es disparate querer que a mí me dé pena quien viene de Italia o Flandes. Entre ese soldado luego, y él y cuantos en las naves desembarcan del Brasil u dan la vuelta de Cádiz.

CELIA ¿ Que queréis que entre?

JUAN Pues ¿ no?

MARTÍN (JUAN.) Parece que quieren darte su poquitico de celos.

JUAN (MARTÍN.) ¿ A mí celos? ¡Qué donaire!

MARTÍN (JUAN.) ¿ No es aqueste don García de los mirlados galanes que guardaban esta puerta y rondaban esta calle?

JUAN (MARTÍN.) El mismo.

MARTÍN (JUAN.) Pues ¿ por qué sufres sus cartas?

JUAN (MARTÍN.) Calla, ignorante; que no hay celos sin amor, y yo no le tengo a nadie.

(Sale ALBERTO, de camino, a lo soldado.)

ALBERTO ¿ Quién es la señora Celia?

CELIA Yo soy.

MARTÍN (JUAN.) ¡Buen mozo!

JUAN (MARTÍN.) ¡Buen talle!

INÉS (CELIA.) ¡Bravas plumas!

CELIA (INÉS.) ¡Bizarría tiene el belicoso traje!

ALBERTO Yo llegaba a Barcelona de Génova al embarcarse don García, a quien debéis cuidado; bien triste parte. Díome esta carta, y con ella una caja. Si hay un paje... Pero no, porque he de dar un despacho al Almirante. En la calle de Alcalá poso, de donde se parten los carros. Llámome Ascanio de li Estorneli. Enviadle mañana entre siete y ocho.

CELIA ¡Qué prisa! Esperad que os hable. ¿ Lleva salud don García?

MARTÍN (JUAN.) "Salud y gracia; sepades..." deben de quererte dar con tenerle y preguntarle.

JUAN (MARTÍN.) ¿ A mí?

MARTÍN (JUAN.) No, sino al Sofí.

JUAN (MARTÍN.) ¿ Y qué importa que se canse?

ALBERTO Salud lleva don García.

CELIA ¿ Qué miráis?

ALBERTO Lo que hay delante. (CELIA) ¿ Es aqueste caballero hermano o deudo? Que hacen mensajeros poco cuerdos tal vez grandes necesidades.

CELIA (ALBERTO.) Hablad, que es un deudo mío que ha venido a visitarme.

ALBERTO (CELIA.) ¿ Deudo? ¿ El nombre?

CELIA (ALBERTO.) Don Juan Guerra.

ALBERTO (CELIA.) Es de los buenos solares su casa, y en su persona no se desluce su sangre. ¿ Pretende en Corte?

CELIA (ALBERTO.) Pretende.

ALBERTO (CELIA.) Y aquel mozo del semblante falso, ¿ es también deudo vuestro?

CELIA (ALBERTO.) Es un montañés que trae consigo.

ALBERTO (CELIA.) ¿ El nombre?

CELIA (ALBERTO.) Martín.

ALBERTO (CELIA.) Tiene traza de pegarse dos tajos y dos reveses con el sobrino del Draque. Los soldados reparamos en hombres de aquel desgaire.

MARTÍN (JUAN.) Con celos de don García debe, don Juan, de mirarte este soldado hablador. ¡Vive Dios, que le arrebate y le arroje de un revés cascos y plumas a Flandes!

ALBERTO Digo, pues, que don García va sin salud a arrojarse, desesperado, a las armas de un piamontés que le mate. Con lágrimas y suspiros me dijo palabras tales que enternecieran las almas de los más duros diamantes. Díome un abrazo que os die.

CELIA Pues bien podéis abrazarme, que a las nuevas de su amor se deben prendas iguales.

MARTÍN ¿ Abrázanse?

JUAN ¿ No lo ves?

MARTÍN Trae presente, no te espantes.

JUAN ¡Qué libertad tan grosera!

MARTÍN ¿ Qué se te da que la abraza, pues que no la quieres bien?

JUAN Perderme el respeto es parte para darme pesadumbre, que no porque a mí me agravie.

CELIA Id en buen hora, y podréis verme, señor, cuando os falten negocios.

INÉS Señora, escribe el nombre para buscarle, que me parece difícil, aunque la posada es fácil.

CELIA Libro tengo de memoria.

ALBERTO Pues vuesa merced la saque.

CELIA Ya escribo.

ALBERTO Ascanio.

CELIA ¿ De qué?

ALBERTO De li Estorneli, y mandadme otra cosa en que serviros. (Vase.)

CELIA El cielo, señor, os guarde. ¿ Queréis rasgar esta carta?

JUAN ¡Oh qué donaire tan grande! ¿ Yo rasgar tus pensamientos? ¿ Yo tus deseos? ¿ Tan fácil te parece el dividir las primeras amistades? No soy tan necio, ni creas que en este juego me salen, aunque las cartas me des, esas figuras azares. Doyte el

parabién del gusto, por la parte que me cabe, de que le tengas, que yo eso puedo desearte. Quédate a leerla a solas, que de secretos de amantes nunca quieren los discretos, aunque se lo rueguen, parte.

CELIA No, no, que es mucho desprecio sin ver la carta dejarme. ¡Espera, por vida tuya! Si la estimas, no la mates. Toma, lee, rompe, arroja sus razones; no te enfades, que no tengo yo la culpa de que me escriba quien sabes que se fue de aborrecido, con ser hombre de las partes que todo el mundo conoce.

JUAN Que él te escriba y tú le alabes está muy puesto en razón; y para que no te canses en pensar que me das celos, lee, que quiero escucharte.

CELIA No quiero yo que tú pienses que me escriben en lenguaje menos que merezco honesto.

JUAN Lee si quieres, que es tarde; que a mí no se me da nada de que sea tierno o grave.

CELIA (Lee.) Voy a la muerte huyendo de la vida, dulce señora mía, de tal suerte que la memoria de volver a verte, desconfiada, la esperanza olvida. Ya no es posible que consuelo pida a tu crueldad, porque el rigor me advierte que quien allá no pudo enternecerte, ¿qué podrá ausente y la ocasión perdida? Esa joya te envío, no te espantes de que, partiendo en lágrimas deshecho, me retrate en firmezas semejantes. Por ser el dios de Amor ponle en el pecho por ver si puede Amor hecho en diamantes romper un pecho de diamantes hecho.

CELIA Yo he leído.

JUAN Y yo escuchado sin género de disgusto. ¿Quieres más?

CELIA Ni fuera justo que esto te diera cuidado.

JUAN ¿Cuidado a mí? ¿Para qué? Mira en qué te sirve.

CELIA Espera; hazme una merced.

JUAN Pudiera asegurarte mi fe.

CELIA Esta joya has de ponerte. Valdréme yo del conceto de don García.

JUAN ¿A qué efeto?

CELIA A efeto de enternecerte.

JUAN No, Celia; mejor será que te entenezcas a ti. Póntela y fía de mí, que el mío por ti lo está. ¡Dios te guarde! Ven, Martín.

CELIA La joya te han de llevar.

MARTÍN (JUAN.) Piensa que llevas pesar.

JUAN (MARTÍN.) ¿Yo pesar? Pues ¿a qué fin?

MARTÍN (JUAN.) No me agrada aquella risa. Con gusto queda de verte enojado. (Vanse don JUAN y MARTÍN.)

INÉS ¡Brava suerte!

CELIA Parece que el Amor pisa las estampas de los celos. ¡Qué presto tras ellos viene! ¡Qué discreto fuego tiene para abrasar necios hielos!

INÉS ¡Picado va!

CELIA Con razón. ¡Pero que mi dicha fuese tan grande que me escribiese García en esta ocasión!

INÉS ¿Qué ingratitud no venciera esta memoria?

CELIA Es verdad. Ya mi necia voluntad su mal gusto considera.

INÉS ¡Brava joya te ha enviado! Mas ¿no se acordó de mí?

CELIA Por don Juan no te advertí que viene aparte un recado.

INÉS ¿Cómo?

CELIA Cortes de Milán y medias de seda.

INÉS Hiciste discretamente.

CELIA ¡Qué triste puso la carta a don Juan!

INÉS No habrá salido el aurora cuando voy a la posada dese Ascanio, aunque olvidada del sobrenombre, señora; y advierte que me has de dar algo del presente a mí.

CELIA Medias habrá para ti.

INÉS A la color verde mar soy yo muy aficionada.

CELIA ¿No es honrado caballero don García?

INÉS Ya te espero ver de don Juan olvidada.

CELIA Si me aprietan desengaños, creo que me he de mudar, que se cansan de llorar mis ojos tantos engaños. Si viniese don García... Temo el tenerle afición, que una larga sinrazón el mayor amor enfría.

(Vanse. Salen don JUAN y MARTÍN.)

MARTÍN Pues ¿cónmigo disimulas?

JUAN ¿Yo contigo?

MARTÍN ¡Triste vienes! De aquella carta a esta parte te he sentido diferente. Dime, ¡por Dios!, la verdad.

JUAN Si Celia, Martín, me ofrece la carta, para rasgalla, de aquel su olvidado ausente y me ha de enviar la joya, ¿qué celos, qué pena quieres que tenga? Sólo el pensar que se alegra me entristece.

MARTÍN Es condición del Amor pesarle de ver alegre lo que ama, que querría que siempre triste estuviese. Pero mostrando la carta, que pudo Celia esconderte, y dándote los diamantes, no sé yo de qué te temes. Como dice la canción, "Antes ocasión parece de conocer que te estima."

JUAN Bien sé que Celia no puede querer a nadie en el mundo.

MARTÍN Perdida de amor la tienes. Pero ya tarda la joya, si bien no es bien que te pese, pues te obliga a darle otra de más valor.

JUAN No se entiende con quien no la tiene amor. ¿Yo darle joya?

MARTÍN Inés viene.

(Sale INÉS.)

INÉS ¿Puedo entrar?

JUAN ¿Quién es, Martín?

MARTÍN ¿Quién, dices? ¿No ves presente la estafeta del Amor, el paraninfo celeste de Celia, el dulce Mercurio, el Iris resplandeciente, mensajera de los dioses?

INÉS Todos sabemos a Güete, ¡por vida del hablador!, y estése quedo.

MARTÍN ¿Esto sientes?

JUAN Inés, ¿qué quieres?

INÉS Saber de tu salud, y traerte este papel.

JUAN ¡Qué cansancio! ¡Muerto me tienen papeles!

MARTÍN ¿No traes la joya?

INÉS ¿Cuál joya?

MARTÍN ¿Cuál? La de Ascanio Estorneli.

INÉS ¡Cómo se te acuerda el nombre!

MARTÍN ¿No quieres que se me acuerde? Apenas hoy salió el alba y en barbechos y alcaceres pardas cantaban calandrias dulce chillando motetes, mesas apenas gabachos de agua ministrando ardiente ya por órganos narices entonan tabaco fuelles, cuando te vi por la calle, y, a más de cuarenta "¡Cees!" que desde lejos te di, no respondiste una "ele". ¿Dónde ibas a ser sol de los dulces feligrases de Baco, que a tales horas a sus ermitas se ofrecen?

INÉS A buscar iba la joya; pero no hallé quién pudiese darme señas de ese Ascanio.

MARTÍN Tiene ya pocos parientes después que Eneas, su padre, de Dido causó la muerte.

JUAN Yo he leído y te he escuchado y conozco, Inés, que mientes en decir que no le hallaste. Pero basta; bien se entiende que Celia quiere traer la joya, y dos cosas pierde; la que yo le prevenía, y el verme; porque de verme eternamente no trate.

INÉS ¿Qué es eso de "eternamente"?

JUAN ¿No entiendes bien castellano?

INÉS ¿Esta respuesta merece una mujer principal?

JUAN Y tú, soberbia, ¿te atreves a responderme?

INÉS Ya traigo comisión de responderte. Si tú no vieres a Celia, está cierto que no intente las locuras que hasta aquí, que es infamia que desdenes sufra una mujer hermosa de un hombre, aunque un ángel fuese. Las humildades que ha hecho contigo, don Juan, te tienen tan arrogante. ¡Mal haya la mujer que os desvanece! Castigo de su soberbia fuiste; pero ya no quiere sufrirte necio y galán, discreto y impertinente. Es mi señora muy linda para que tú la desprecies; muy rica para buscarte, muy noble para quererte. Pienso que no hablo en culto y, si me entiendes, advierte que no te arrepientas tarde, que hay muchos que la pretenden. (Vase.)

MARTÍN Malo, ¡por Dios! No me agrada, que nunca crôadas suelen decir estas libertades cuando las amas no quieren. No me diera más temor, si la oyera treinta veces, la campana de Velilla, con malos agujeros siempre, que la voz desentonada de Inés.

JUAN A quien no la teme, ¿qué piensas tú que le importa?

MARTÍN No te hagas tan valiente, que pienso que has de pagarle las crueldades que le debes.

JUAN ¡Déjame, necio!

MARTÍN ¿Yo?

JUAN Sí, que no hayas miedo que deje Celia de quererme.

MARTÍN ¿No? ¡Mal conoces las mujeres! ¡Vive Dios!, si hallan resquicio, cuando alguno las ofende, por donde entrar a vengarse, que no hay cosa que no intenten. (Vanse. Salen ALBERTO y don GARCÍA.)

ALBERTO Buena persona tenía y grave disposición. Dióle pena la afición con que hablaba en don García, y ella a él satisfacción. Paréceme, a lo que vi, que está perdida por él.

GARCÍA ¿Perdida?

ALBERTO Pienso que sí, porque de los celos dél venganza en ella sentí. Díjome que era pariente, y novio me pareció, que un pariente menos siente. Don Juan Guerra le llamó.

GARCÍA No poca me ha dado ausente; pero no me la ha de dar. Sus paces quiero estorbar y fingir que hoy he llegado.

ALBERTO ¡Buena traza de soldado! ¡Volver hoy y ayer llegar!

GARCÍA Diré que el duque me envía con despachos para el conde, y pasaré a mediodía con postas la calle adonde hay más guerra que solía, y así todos pensarán que he llegado de Milán porque no tengo paciencia para sufrir que en mi ausencia quiera bien Celia a don Juan.

ALBERTO Sí, pero vuestros amigos luego os han de preguntar lo que hay de los enemigos.

GARCÍA Luego ¿no es fácil contar mentiras si no hay testigos? En Madrid, como a porfía amanecen cada día tres cosas hasta las pruebas; mudanzas, arbitrios, nuevas, y así lo será la mía. De Génova y de Saboya las historias contaré que pasó Grecia con Troya.

ALBERTO ¿Y de la joya?

GARCÍA Diré que no ha llegado la joya.

(Vanse. Salen CELIA e INÉS.)

CELIA En notable obligación estoy a tu atrevimiento.

INÉS Conocí tu pensamiento.

CELIA Basta que los celos son a quien debo ese pesar, después, Inés, de los cielos.

INÉS De ingratitud a los celos suele el Amor apelar.

CELIA Lo mismo me ha sucedido.

INÉS Si le dejas, tú verás a quien te desprecia más más despreciado y perdido.

Estaba aquel bellacón de Martín, como espantado de ver el mundo trocado, dándome falsa atención.

CELIA ¿Qué te dijo don Juan?

INÉS Nada; que también le pareció que hablaba atrevida yo, en tu mudanza fundada.

CELIA Y parecióle muy bien. Ea, pensamiento mío, agora es tiempo de brío contra tan necio desdén. ¿Era yo la que llegaba de noche a buscar las rejas de un hombre, y con dulces quejas su ingrato nombre llamaba? ¿Era yo la que le oía estando a su puerta dél, y a quien su gente cruel que estaba fuera decía? No más crueldad, no más fieros, Amor, que para olvidaros no hay más discretos reparos que dar celos y no veros. No me entre don Juan aquí, que no quiero más don Juan. ¡Viva el que vive en Milán!

(Salen don JUAN y MARTÍN.)

JUAN ¿Qué estás diciendo de mí?

CELIA Que me cansan tus crueldades siendo quien soy, que el deseo tiemplan de suerte, que veo tu mentira y mis verdades. Y si no te persuades con lo que te ha dicho Inés, óyeme a mí, que después que tus desengaños vi, no soy la Celia que fui, sino la Celia que ves. ¿En qué pensaba el furor de tu arrogancia, don Juan? ¿No sabes cuán poco están juntos desprecio y amor? Mucho perdí de mi honor en quererte despreciada; pero ya, desengañada, y la esperanza perdida, cuanto estoy arrepentida pienso que estaré vengada. Que te quiero no lo niego, que una principal mujer bien puede luego querer, pero no aborrecer luego. Si fuera un monte de fuego me le templara tu nieve. ¡Qué mal hace quien se atreve a dar por amor desdén, porque no es hombre de bien quien no paga lo que debe!

JUAN Celia, de mi ingrato pecho te has quejado sin razón; temo de tu condición; lo más que dices ha hecho. Bien puede estar satisfecho el tuyo de que soy tuyo. De tu sentimiento arguyo tu amor y, ya confiado, si alguna vez la he negado, el alma te restituyo. Vuelvo arrepentido en mí de aquellos desabrimientos, porque tus merecimientos siempre yo los conocí, y no tan ingrato fui que pudiese despreciarte. Siempre he sabido estimarte, porque fuera no quererte ni haber ojos para verte ni oídos para escucharte. Los que no han sido enemigos no hay de qué hacer amistades; mas si no te persuades sean estos dos testigos de que ya somos amigos, con juramiento, mi bien, que mis ojos no te den más pesadumbre jamás; que a los celos que me das se ha rendido mi desdén.

INÉS Postas pasan. Voy, Martín, a los balcones corriendo.

MARTÍN ¿Corneta? Mala señal, mala voz y mal agüero, y más sonando, señor, en amistades los celos, que es como, al salir de casa, ver un acreedor o un cuervo.

JUAN ¿Cosa que fuese el soldado?

MARTÍN Pues yo por cierto lo tengo, porque en venir por la posta se ve que es mal y que es cierto.

INÉS Ponte, señora, al balcón; verás un galán mancebo vestido de verde y plata cual suele florido almendro, con todo un Orán de plumas, un pirámide sombrero estrellado de diamantes. (CELIA.) Baja el oído.

(INÉS le susurra al oído a CELIA.)

CELIA (INÉS.) Ya entiendo.

JUAN Y yo lo entiendo también; y, pues estorbo, no quiero darte, Celia, pesadumbre.

CELIA No, no, que parecen celos. ¿Tú celoso? ¡Dios me libre! Sólo, mis ojos, te ruego me des licencia, que voy un instante, un pensamiento a ver hombre tan galán.
(Vase.)

INÉS Yo, Martín, ni más ni menos; a ver a cierto criado que tray envuelta en un fieltro el alma que me llevó. (Vase.)

MARTÍN ¿Qué es esto, señor, qué es esto?

JUAN ¿Qué ha de ser más de que ya mudó la veleta el viento?

MARTÍN ¿No te dije yo que había de vengarse?

JUAN ¡Pierdo el seso! Como vi que me adoraba, estaba mi amor durmiendo, y despertó dando voces, Martín, en dándome celos.

MARTÍN ¿Y la pícara de Inés que con el otro escudero me amenaza haciendo burla?

JUAN ¿Qué haremos?

MARTÍN ¡Por Dios!, que creo que es todo en Celia artificio; porque de su entendimiento presumo invención tan rara.

JUAN Ya llega tarde el consuelo. Carta, soldado, presente, postas, plumas a los cielos, verde y plata con diamantes bien pudo hallar el ingenio; pero no la ejecución, que ya con los ojos veo. ¡Ay, Martín, qué necio he sido!

MARTÍN Pues no parezcas más necio en dar a entender tu pena.

JUAN ¡Que hallase este caballero para venir a matarme!

MARTÍN Dicen que a un doctor volvieron una mula que le hurtaron mientras curaba a un enfermo, y que, pasados dos años, la halló a su puerta, diciendo un rótulo que tenía entre la barba y el pecho, "Estime vuesa merced esta mula, que por cierto que no ha dado un tropezón de aquí a Roma." Así sospecho que se halló Celia a la puerta este soldado, que ha vuelto al lugar donde vivía sin avisar a su dueño.

JUAN No sé lo que Celia intenta, sólo sé que yo me muero.

MARTÍN Sin duda, pues te confiesas.

JUAN A voces, Martín, confieso que es la luz de aquestos ojos, que es el alma deste cuerpo, de mis potencias acción y el primero movimiento de mis sentidos, si ya puedo decir que los tengo.

(Salen don JUAN y MARTÍN.)

JUAN Llama con fuerza.

MARTÍN Señor, ya es otro tiempo.

JUAN ¡Ay de mí! Dile a Inés que estoy aquí.

MARTÍN ¿A Inés?

JUAN Sí.

MARTÍN Tengo temor. ¡Ah, muy magnífica Inés, dignate de abrir la puerta!
(Sale INÉS.)

INÉS Pues bien, Martín, ya está abierta.

MARTÍN Oye, y ciérrala después.

INÉS ¿Es aquél don Juan?

MARTÍN Pues ¿quién?

JUAN (¡Justa cólera me abrasa!)

INÉS ¿Qué quieres en esta casa?

JUAN ¿Desde ayer tanto desdén? Dile a Celia, Inés, si es justo, que estoy aquí.

INÉS Está excusada.

JUAN ¿Cómo?

INÉS No está levantada, que ha dormido con disgusto.

JUAN ¿ Qué importa que yo la vea?

INÉS No es mi señora mujer que en la cama la ha de ver quien su marido no sea.

JUAN Yo me acuerdo de algún día que de mí no recataba ni el jazmín que madrugaba ni el clavel que anochece. Habrá venido a saber si el aurora amaneció quien, más dichoso que yo, puede sus celajes ver. ¿ Quién duda, Inés, que tendrá silla el señor don García, sin que le murmure el día que el sol en la cama está?

INÉS Ni ha venido ni está aquí, que aquí nadie puede estar.

JUAN Yo lo he de ver.

INÉS No has de entrar.

JUAN ¿ Cómo no?

INÉS ¡Tente!

JUAN ¿ Tú a mí?

(Sale CELIA en manteo, con una ropa de levantar.)

CELIA Quedo, quedo. ¿ Qué es aquesto? ¿ Tú, don Juan, fuerza en mi casa y a mis crÓadas?

JUAN Si pasa de lo que es término honesto esta furia en que me ves, no te espantes, pues que quieres darme celos.

CELIA Las mujeres que viven de su interés aun no se tratan así.

JUAN Que tengo justo respeto a tu valor te prometo; pero estoy fuera de mí.

CELIA ¿ Después de tanto desprecio hablas con tanta humildad?

JUAN Fui necio en prosperidad.

CELIA Pues agora no seas necio.

JUAN ¿ Qué pierdes por que yo vea quién en tu aposento está?

CELIA Todo el honor que me va en que esto de mí se crea; y esa licencia, don Juan, sólo un marido la tiene cuando a tal desdicha viene que tal ocasión le dan.

JUAN Yo lo seré tuyo.

CELIA Es tarde.

JUAN ¿ Tarde?

CELIA Quien no me estimó, cuando él quiere quiero yo que allá en la calle me aguarde.

JUAN Mira, escucha.

CELIA Estoy desnuda.

JUAN Ayer vino don García. Con no entrar yo, Celia mía, has puesto tu honor en duda. Déjame entrar.

CELIA ¿ Cómo entrar? Ni el sol entra en mi aposento.

MARTÍN Señora, su pensamiento antes te pretende honrar; que importa que entre.

CELIA Ya digo que ni el sol entra a estas horas donde duermo.

MARTÍN Si mejoras tu causa siendo él testigo, deja, aunque es impertinencia, que entre, pues que loco está.

CELIA Dos veces he dicho ya que al sol no daré licencia. Mira que llaman, Inés.

INÉS ¡Ay, señora, don García!

CELIA ¿ Ves como estar no podía donde dices?

JUAN A tus pies pido, señora, perdón.

CELIA No quiero que te halle aquí. Entra, don Juan, no por mí, mas por mi honesta opinión; que salir delante dél también le dará recelos.

JUAN (¡Que hayan llegado mis celos a término tan crüel!)

CELIA Advierte que has de callar y no quitarme el honor.

MARTÍN (JUAN.) ¡Bien te castiga, señor!

JUAN (MARTÍN.) ¡Bien se ha sabido vengar!

(Vanse don JUAN y MARTÍN. Salen don GARCÍA, bizarro, de camino, y ALBERTO.)

GARCÍA A un soldado que solía tener paz en esta tierra, a quien destierra la guerra de la paz en que vivía, dad los brazos, Celia mía.

CELIA ¡Qué soldado tan galán! ¡Ya volveréis capitán!

GARCÍA De penas nadie juntó más compañía que yo.

CELIA ¿Cómo os venís de Milán?

GARCÍA Despachos traigo, señora; que esta ventura me alcanza por hombre de confianza.

CELIA ¿Volveréis?

GARCÍA No lo sé agora.

CELIA De la gente vencedora, ¿qué nuevas nos dais?

GARCÍA (Aquí fingiré lo que no vi, pues de Madrid no he salido; mas donde hay tanto fingido, ¿por qué ha de faltarme a mí?) El generoso marqués de Santa Cruz restauró lo que Génova perdió, y fue por tierra después. Del gran Filipe a los pies rindió, Celia, las banderas de las armas extranjeras con el hispano estandarte; porque es en la tierra Marte, y Neptuno en las galeras. El de Feria, que dilata, con eterno aplauso y loa, el nombre de Figueroa, invicto a César retrata; ganar una fuerza trata inexpugnable. El invierno quiere ser diluvio eterno; que algún planeta contrario quiere que tenga el Acuario del fin del año el gobierno. (No sé, ¡por Dios!, lo que digo; pero aquí no importa nada.) En fin, Celia, esta jornada armas dejo y plumas sigo, no me puso el enemigo en Saboya más recelos de no volver a estos cielos que aquí tu olvido temor, porque no hay muerte mayor que amor con ausencia y celos. ¿Haste acordado de mí?

CELIA No, García; ¡por tu vida!, que quien se acuerda se olvida, y yo no te olvido a ti.

JUAN (MARTÍN.) ¿No escuchas aquello?

MARTÍN (JUAN.) Sí.

JUAN (MARTÍN.) Estoy por salir.

MARTÍN (JUAN.) ¡Detente!

GARCÍA Si supiera yo que ausente esta dicha mereciera, antes de agora perdiera la gloria de estar presente.

INÉS (a ALBERTO.) Vuesa merced me parece, si la vista no me engaña, aquel soldado que trujo a mi señora la carta.

ALBERTO El mismo soy.

INÉS Pues yo fui a buscarle dos mañanas, sin que desde el Buen Suceso dejase hasta el Prado casa. ¿No se llama Ascanio?

ALBERTO Sí.

INÉS Los que más señas me daban decían que no le vieron desde la guerra troyana. ¿Qué se hizo aquella joya?

ALBERTO Allí la tengo guardada. Que no me hallase me admiro.

INÉS Como se usan en España Sánchez, Rodríguez y Hernández, por "Ascanios" me enviaban a la moderna poesía.

ALBERTO De no me hallar fue la causa...

CELIA Que vengáis cansado es fuerza. Descansad, García, que basta el verme para estas horas.

GARCÍA Celia, quien os ve descansa. No quiero en aqueste traje deteneros.

CELIA Quien aguarda ocasiones de serviros, en todo tiempo las halla.

GARCÍA El cielo os guarde.

CELIA Id con Dios.

(Vanse don GARCÍA y ALBERTO. Salen don JUAN y MARTÍN.)

MARTÍN (JUAN.) Ten más prudencia, y no hagas desatinos que te cuesten perder del todo su gracia.

JUAN (MARTÍN.) Ya no es tiempo de consejos. ¿ Eres tú la recatada, la Lucrecia del puñal y la Porcia de las brasas? ¿ La que no dejaba el sol, de melindrosa y honrada, dorar con sus rayos de oro la madera de tu cama? ¿ O eres tú la que recibes a don García y le abrazas, jurándole por su vida, con otras tiernas palabras, que "no te acordabas de él porque jamás le olvidabas"? ¿ Eres tú...?

CELIA Luego ¿ no viene, si no es que el gusto me engaña, don García de buen talle?

JUAN ¿ Tú dices eso? ¿ Tú hablas de esa manera conmigo? ¿ Tú desta suerte me tratas?

CELIA Déjame, don Juan, vestir, que la mañana se pasa y es mucha descortesía tenerme desnuda.

MARTÍN Es tanta que puede Inés prevenir ruda y plumas.

CELIA Esta casa fue siempre tuya, don Juan; si hubiere alguna mudanza no tengo la culpa yo, que con tal verdad te amaba. El sol mismo no está firme, la luna los cielos anda, la Naturaleza dicen que es hermosa por ser varia. Lo que era ayer ya no es hoy, ni lo que hoy será mañana. Si sólo Dios no se muda, ¿ de qué mudanza te espantas? No dejo yo de quererte, que eres deste cuerpo el alma; pero tengo el fuego tibio y la voluntad helada. Con esto, vendrás a verme; pero no ha de ser al alba, que es hora en que no visitan galanes en esperanza. Lo que es una silla tienes en esta casa sin falta para cuando estés ocioso; y yo, a manera de dama que te entretenga discreta con las historias pasadas. Hablaremos de aquel tiempo que yo, don Juan, te cansaba dando quejas a tus puertas, suspiros a tus ventanas, y contarásme tú a mí de la que servir aguardas, el talle, la bizarría y lo que con ella pasas. Diréte yo algún consejo en razón de darle galas, de averiguar unos celos u de rasgar unas cartas; que con esto y tu prudencia, en tanto que no te cansas, serán las pláticas breves y las amistades largas. (Vase.)

MARTÍN Aquí bien echo de ver que habrás menester paciencia.

JUAN Más he menester ausencia si me tengo de perder. Esto se perdió, Martín. Otro entró; dejó la espada. Celia, de mí despreciada, es mujer, vengóse, en fin. No sé cómo escuchar pude tal burla y tal libertad.

MARTÍN Ella te dijo verdad; no hay cosa que no se mude. Ausentarte es acertado, si ha de hacer burla de ti.

JUAN Probaré lo que hay en mí. Cobarde, estoy despreciado.

MARTÍN Bien dices o gran paciencia o ausencia aquí te conviene.

JUAN Fuerte es el mal que no tiene más remedio que el ausencia.

(Vanse. Salen ALBERTO y don GARCÍA.)

GARCÍA ¡Gallardamente se lució la industria!

ALBERTO Y tanto, que has llegado a ver el pecho que antes juzgabas de diamantes hecho con tan tierna y igual correspondencia.

GARCÍA Más que a mi voluntad debo al ausencia, pues ella descubrió que me quería, que siempre no tenerme amor fingía. Mirando estoy, Alberto, y no lo creo, lo que puede el ausencia en el deseo. En fin, es privación, pues del no verme nacieron los principios de quererme. Mejor debo de ser imaginado. ¿ Yo en los brazos de Celia? ¿ Yo abrazado de la mujer más tibia que ha tenido amor entre los hielos del olvido? ¿ Yo cerca de sus rosas y jazmines? ¿ Yo querido de Celia?

ALBERTO No imagines tanto estas cosas que te vuelvas loco.

GARCÍA Cuando me vuelva loco, todo es poco.

(Sale INÉS.)

INÉS Parecerá novedad venir a esta casa Inés.

GARCÍA Será novedad si es efecto de voluntad.

INÉS Este papel te lo diga.

GARCÍA Mil veces beso el papel, si hay más desdenes en él que cuando fue mi enemiga.

INÉS Afuera queda un criado con un regalo.

GARCÍA ¿Eso más?

INÉS Lee el papel y verás a qué buen tiempo has llegado.

PROSA "No será fuera de propósito a quien viene de la guerra serville con ropa blanca, y más en camino largo y por la posta. De vuestra salud me alegro mucho, García, y deseo volveros a ver, que lo que ha faltado mucho no se ha de ver poco."

GARCÍA ¡Notable favor, Alberto!

ALBERTO No hay cosa, ¡por vida mía!, como llamarte García.

GARCÍA Anda el amor descubierto. Esto de quitar el "don" a lo que se estima y quiere regaladamente infiere que hay amistad y afición. No sé qué se tiene más "García" que "don García". Ahora bien; dile, Inés mía, que para siempre jamás un esclavo tiene en mí, y aquesta caja le lleva; con los diamantes a prueba de lo que yo ausente fui. Sortijas son, y son tales, si bien diamantes, estrellas merecen manos tan bellas ser a su alabastro iguales. Una lleva en una ce presentando un corazón, que las dos mitades son el círculo de mi fee; otros hay con diferencia de gusto y vista, en efeto; siempre el oro fue discreto, siempre habló con elocuencia. Iré a verla, y tú, entretanto, ponte esta cadena, Inés.

INÉS Con una pe soy tus pies por pagarte en otro tanto. ¡Mil años te guarde el cielo! Señor Estorneli, adiós. (Vase.)

ALBERTO Reina, adiós. Ya vais los dos...

GARCÍA ¿Dónde?

ALBERTO Camino del cielo.

GARCÍA ¿Cómo?

ALBERTO Al casamiento vais, que sin él no se va bien.

GARCÍA Agradezco el parabién que con ese bien me dais. Rica, hermosa, y bien nacida es Celia; dichoso yo.

ALBERTO ¿Será bien hablarla?

GARCÍA No; por si entretanto me olvida; que aún temo su condición. Mejor es que doña Clara la hable; a ver si declara con ella su pretensión.

ALBERTO Es muy discreta y os ama.

GARCÍA Siempre a mi favor se inclina. ¡Ay, esperanza, camina, que la posesión te llama!

(Vanse. Salen don JUAN y MARTÍN.)

JUAN ¡Yo voy perdiendo el juicio!

MARTÍN ¿Aquí tornas?

JUAN Aquí torno.

MARTÍN Como torno es el amor, que alrededor se anda todo. Mira que das que decir en la calle.

JUAN No hago poco en no echar piedras por ella.

MARTÍN Mira, señor, que amor solo siempre lo pasa muy mal, y tú dijiste que es loco quien sólo una cosa amaba, cuando fuiste más dichoso. Vámonos a entretener, que en la corte hay mil hermosos rostros.

JUAN No sé qué me tengo, que todos me dan en rostro.

MARTÍN Las heridas duelen menos con los remedios.

JUAN No pongo la esperanza en los remedios ni a la muerte el paso estorbo. Quiero ausentarme, no puedo; quiero escribirla, no oso; quiero verla, temo el daño de su desdén riguroso. En su calle me anochece, y en ella, con letras de oro, los desengaños del alba me escribe el sol en los ojos; aumentando sus venganzas, pido a sus rejas socorro. ¿Nadie me escucha?

(Salen CELIA e INÉS a la reja sin que don JUAN repare en ellas.)

CELIA (Sí escucha, que amor es ciego y no sordo.)

JUAN ¡Ay terribles desengaños, cómo prometen los días para breves alegrías tristezas de muchos años! ¡Ay dulces horas pasadas, que hacéis la pena mayor! ¡Ay verdades, que en amor siempre fuistes desdichadas! ¡Ay hierros de aquestas rejas, quién os pudiera ablandar!

CELIA (¿ Hay gusto como escuchar en un arrogante quejas?)

JUAN ¡Que obligaciones deshagan novedades de dos días! Buen ejemplo son las mías, pues con mentiras se pagan. Justamente amor me trata vengando el rigor de un año, cuando traté con engaño tus verdades, Celia ingrata. ¿Entonces quién tal pensara que era mi lealtad tan poca? ¡Qué de quejas vi en tu boca! ¡Qué de perlas vi en tu cara! Pensar en que me adorabas con mayor dolor me aflige. ¡Oh, cuántas veces te dije, cuando a mi puerta llamabas, como por vitoria y palma de tus desdenes tan cierta, "En vano llama a la puerta quien no ha llamado en el alma."

CELIA (¡Ay celos bien empleados!)

JUAN Cuando llamabas allí y, preguntando por mí, me negaban mis criados tanto el corazón descansa contando lo que pasó, estaba diciendo yo, "¿Para qué busca quien cansa?"

MARTÍN Señor, mira que es locura enamorar con tus quejas los mármoles de unas rejas.

JUAN ¡Ay peregrina hermosura, qué noche te vi turbada decir, viéndome volver, "Déjate, don Juan, querer, pues que no te cuesta nada"! Sí cuesta, que no es hazaña pagar amor con olvido, que el que piensa que es querido el ser querido le engaña. Mira entre desdichas tantas a qué llegan mis enojos, pues vengo a poner los ojos donde tú pones las plantas. Vino tu antiguo amator de Milán para vengarte, a ser de mis paces Marte, a ser de mi guerra Amor. Con esto vengada estás, pues que ya en brazos ajenos ni puedes tenerme en menos, ni puedo estimarte en más.

CELIA (¿ Qué música en los oídos tan dulce pudiera ser como haberme visto ayer perder por ti los sentidos y hoy verte llorar por mí?)

JUAN ¡No quiero, Celia, piedad! Yo esforzaré tu crueldad con darme la muerte aquí, pues he visto la mudanza que ha hecho tu pecho ingrato, en el tiempo y en el trato nadie tenga confianza. Confieso, ¡ay penas tiranas!, que se me pasan iguales las noches en tus umbrales, los días en tus ventanas. Y no llamo en esta calma, no digas, de mi amor cierta, "En vano llama a la puerta quien no ha llamado en el alma."

CELIA (Quiérome quitar de aquí, ¡ay cielos!, que puede ser que me venga a enternecer y que se burle de mí. Pues no me piense engañar con la disculpa, aunque es mucha; que quien lástimas escucha cerca está de perdonar.) (Quítase.)

MARTÍN Señor, si estás de tal suerte llamaré mil veces.

JUAN No, que no quiero darme yo tanta ocasión a mi muerte. Lo que podemos hacer es ir a pedirle a Clara, si Celia acaso repara en que ha de ser mi mujer, que la hable y la prometa la palabra de mi parte.

MARTÍN Pues yo puedo asegurarte, si ella la palabra aceta, que tú te desenamores, porque no se puede hallar remedio como el casar para templar los amores. Los que más ves desear aquel tan breve placer los verás amanecer con deseos de enviudar.

JUAN ¡Pluguiera a Dios que me viera en esos trances, Martín, que no hay en el gusto fin cuando el amor persevera! ¡Ay, esperanzas burladas del engaño y del favor! ¡Ay verdades, que en amor siempre fuistes desdichadas!

(Vanse. Salen CLARA y don GARCÍA y ALBERTO.)

CLARA Esto Celia respondió, determinada a casarse.

GARCÍA Pudiera Celia emplearse en otro mejor que yo, pero no en quien más la quiera y la desea servir.

CLARA Bien te puedes persuadir de que por dueño te espera, pues esta noche me advierte de que haréis las escrituras.

GARCÍA Clara, el bien que me aseguras ya me enloquece de suerte que sale del corazón a los ojos mi alegría. En fin, Clara, ¿Celia es mía?

CLARA Hoy tendrán satisfacción tus sospechas de que has sido quien siempre Celia ha estimado.

GARCÍA Perdón pido a mi cuidado de las dudas que ha tenido, que donde hay competidor también anda en competencia, y más si hay celos y ausencia, el miedo con el amor. La que yo hice a Milán, por allá pensar me hacía si aquellas noches venía algún dichoso galán a la calle o a tener conversación en la casa.

ALBERTO Cuanto a los amantes pasa, don García, no ha de ser repetido en la ocasión de llegar a casamiento, porque es turbar el contento perder la satisfacción. Amor es pleito entre dos cuando tiene competencia; agradeced la sentencia, pues ha salido por vos, y vamos a prevenir lo que fuere menester.

(Salen don JUAN y MARTÍN, y quedan aparte.)

JUAN (MARTÍN.) Diligencias se han de hacer hasta llegar a morir.

MARTÍN (JUAN.) Nunca yo fui de opinión que, cuando llega a venganza una mujer por mudanza, se le dé más ocasión.)

ALBERTO (GARCÍA.) Este es don Juan, el galán que en casa de Celia vi.

GARCÍA Pues, Clara, ¿don Juan aquí?

CLARA Seguro estás de don Juan; que si a ver a Celia entró alguna vez, yo sería la causa.

GARCÍA Que la servía, Clara, imaginaba yo; pero, ya desengañado, de pensarlo estoy corrido.

MARTÍN (JUAN.) Este es el recién venido, no sé si también amado.

JUAN (MARTÍN.) Todo lo debe de ser, pues desde que vino aquí se burla Celia de mí.

GARCÍA Claro está que has de querer hablarle; yo doy lugar.

CLARA Vete con Dios, y está cierto de que esta noche el concierto se ha de escribir y firmar.

(Vase don GARCÍA, mirando a don JUAN, y él a don GARCÍA, muy falsos.)

JUAN ¡Bravo talle!

MARTÍN A los celosos todo en el competidor parece siempre mayor.

JUAN Son los ojos temerosos de la misma condición de la envidia.

CLARA ¡Qué cuidado me has dado en haber llegado, don Juan, en esta ocasión!

JUAN ¿Por qué, Clara?

CLARA Don García, que es el que de aquí se va, casado con Celia está.

JUAN ¿Casado?

CLARA Si en este día se han de hacer las escrituras, claro está que está casado.

JUAN Mientras en duda han estado, ¡oh Clara!, mis desventuras, estaba loco de amor; pero en llegando a ser ciertas, abro al corazón las puertas. Váyase en buen hora amor.

JUAN Mal determinado andaba para llegar a ausentarme; que a un hombre que fue querido llega el desengaño tarde. Pero, pues ya no hay remedio ni esperanza que me engañe, yo me ausento de sus ojos; Celia en mi ausencia se case. Culpa tuve de perderla, no tengo de quien quejarme. Esta es honrada ocasión; mañana me parto a Cádiz. Dícenme que a socorrerla el Almirante se parte y otros muchos caballeros; seguir quiero al Almirante, que en esta acción, y en un hora, ha sido cosa notable que de toda España el rey conozca las voluntades. Quédate, Clara, con Dios, y da a Celia de mi parte el parabién de mi muerte, de casarse y de vengarse. (Vase.)

CLARA ¡Lástima me ha dado!

MARTÍN Es justo que te enterezca.

CLARA Martín, con ausentarse dará fin Amor con tanto disgusto. Ya se casa don García, ya no hay que cansarse más.

(Salen CELIA y INÉS.)

CELIA ¡Qué descuidada estarás de aquesta visita mía!

CLARA ¿No viste al entrar un hombre que es dueño del que está aquí?

CELIA Tapéme cuando le vi.

MARTÍN Si aborreces hasta el nombre, ¿qué mucho que no les dieses ese disgusto a tus ojos?

CELIA ¡Ay, Martín, si los enojos de mis pensamientos vieses, juzgarías que, ofendida, quise matarme vengada.

MARTÍN Ya creo que estás casada, en que estás arrepentida.

CELIA No ha tanto que me casé, pues aun está por firmar, que el gusto lo pueda estar. Siento que un hombre sin fe, a quien yo he querido tanto, me haya obligado a perdelle, pues, sin dejar de querelle, de lo que intento me espanto. Por vengar tantos agravios hago tan gran necedad que, si te digo verdad, voy con el alma en los labios.

CELIA Yo le vi salir de aquí y la sangre se me fue al corazón, que pensé que ya no le hallara allí. ¿Piensas tú que no le oí decir las noches pasadas, a mis ventanas, bañadas de mi llanto y su dolor, "¡Ay, verdades, que en amor siempre fuistes desdichadas!" Todo lo vi y escuché; pero ya la suerte mía me ha entregado a don García. Di la palabra, ¿qué haré? Si llama entonces, yo sé que Amor llevara la palma, sin responder, puesta en calma la venganza entonces cierta, "¿Para qué llama a la puerta quien no ha llamado en el alma?" Fuese sin llamar, y así determinada quedé de casarme, y lo juré para vengarme de mí. Rompiera la puerta allí; que así Amor la furia amansa cuando celoso descansa. Ya que a buscarme llegó, ¿que no le dijera yo, "¿Para qué busca quien cansa?"!

MARTÍN No sé qué pueda decir, Celia, en esta confusión. Ya te casas, no es razón tu casamiento impedir. A Cádiz se va don Juan con el honor y laurel de Enríquez, porque con él muchos caballeros van. Echame tu bendición con esas flores de azahar, que para ver pelear voy a alquilar un balcón; que, aunque con honrados bríos, más voy en estas tormentas a dejar dinero en ventas que a echar a fondo navíos.

CELIA Dios te dé, Martín, felices sucesos, pues a mí no.

MARTÍN Obispa te vea yo, que con tal mano bendices. (Vase.)

CLARA Necia has estado.

CELIA ¿Yo?

CLARA Sí; en declarar lo que sientes. Ya que te casas, no intentes que éste se vengue de ti.

CELIA No puedo más. Toma el manto, ven a la calle Mayor, que nunca pensé que Amor quisiera vengarse tanto. Sacaré de aquí a la noche cosas que son menester.

CLARA Mucho fue no conocer don Juan al salir el coche; y si es que le ha conocido, él te ha de seguir y hablar, ocasión que puede dar sospechas a tu marido.

CELIA ¡Ojalá! Pero no creo que, estando determinado, le dé mi boda cuidado ni mi privación deseo. Yo me tengo de casar, porque he venido a creer que si le vuelvo a querer me ha de volver a olvidar.

(Vanse. Salen don JUAN y MARTÍN.)

MARTÍN ¡Qué buen modo de partir después que postas conciertas!

JUAN Tú me has echado a perder con darme, Martín, dos nuevas; una, que ya los ingleses llevaron en la cabeza; que sólo un Girón de España los hizo volver sin ella; que se arrojaron al mar cobardes, dejando en tierra vidas, honra, municiones, codicia, engaño y soberbia; y otra, que lloran por mí los bellos ojos de Celia. ¡Mal agüero en mi partida el ver llorar las estrellas! Y así vengo a ver su calle para consolar mis penas, y por vengarme de ver que enamorada me deja.

MARTÍN No pienso que están en casa.

JUAN ¿Si en otra parte conciertan este necio casamiento? Llega, Martín, a la puerta.

MARTÍN Sale muy gentil olor, que es señal que en casa cenan, y que puede consolarte. Llégate más cerca, llega; que si en las sienes y pulsos se pone cuando hay flaqueza algún agua que conforte o algún licor que dé fuerzas, ¡por Dios!, que por las narices así lo que guisan entra desde la cocina al pecho, que hasta el ánima consuela.

JUAN Advierte que viene gente.

MARTÍN ¿Si es justicia?

JUAN No hay linterna.

MARTÍN Bien dices, que suele ser desos tres magos la estrella, corchete, alguacil y pluma.

(Salen don GARCÍA, galán, ALBERTO y gente que acompaña.)

ALBERTO Bueno fuera haber traído un hacha.

GARCÍA La casa es ésta.

JUAN ¿Quién va?

GARCÍA Don García Fajardo.

MARTÍN (JUAN.) Este es el dueño de Celia.

GARCÍA ¿Y quién es quien lo pregunta?

JUAN La justicia.

GARCÍA Que lo sea por muchos años. (al acompañamiento) Entrad. (Vase.)

JUAN Ya mi desdicha se acerca. ¿Entraron?

MARTÍN No, sino el alba. Vámonos de aquí; ¿qué esperas?

JUAN ¿Fajardo dijo?

MARTÍN Mejores los tiene agora en su tienda la calle del Arenal.

JUAN ¡Todo me abrasa y me hiela! Irme querría, y no puedo.

MARTÍN Pues es necedad extrema si ya Celia está casada.

JUAN ¿No puede ser que suceda alguna cosa entretanto?

MARTÍN ¡Oh qué esperanza tan necia!

JUAN Si acompaña a un sentenciado hasta la misma escalera, ¿es mucho que me acompañe hasta que se case Celia?

MARTÍN Un hombre viene.

(Sale LAURENCIO, escribano.)

JUAN ¿Quién va?

LAURENCIO Presumo que ya me esperan.

JUAN ¿Quién va?

LAURENCIO El escribano soy.

JUAN Pues vuesa merced se vuelva, que me va en esto la vida, y póngase esta cadena.

LAURENCIO Bien entiendo que os importa; pero ¿si otro llaman?

JUAN Venga, que otra tengo que le dar.

LAURENCIO Somos tantos que el arena del mar no será bastante si se volviese cadenas.

JUAN Con irse vuesa merced bien puede ser que no sea la escritura aquesta noche.

LAURENCIO Yo me voy. (Vase.)

MARTÍN ¡Qué diligencias tan locas!

JUAN No puedo más.

MARTÍN Más gente viene. ¿Qué intentas?

(Salen MÚSICO1 y MÚSICO2.)

MÚSICO1 ¿Qué guitarra habéis traído?

MÚSICO2 La sonora portuguesa.

MÚSICO1 ¡Buenas voces!

MÚSICO2 ¡Extremadas!

MÚSICO1 Pienso que la casa es ésta.

JUAN ¿Músicos?

MARTÍN Pues ¿no lo ves?

JUAN ¡Vive Dios, que no consienta que canten cuando yo lloro! ¡Sacude!

MARTÍN ¡Sacudo!

JUAN ¡Mueran!

MÚSICO1 ¡Ay, que me han muerto!

JUAN Eso sí, vayan a cantar endechas.

MARTÍN O a lo menos el romance de "A malas lanzadas mueras".

(Al alboroto de los cintarazos salen don GARCÍA, ALBERTO, CELIA, INÉS, y acompañamiento.)

MÚSICO1 Aquí están.

GARCÍA Pues, caballeros, ¿así es justo que se atrevan a crôados desta casa?

JUAN Hasta agora no hay en ella quien eso pueda decir, pues sólo su dueño es Celia.

GARCÍA ¿Cómo que no? Yo lo soy.

JUAN ¿Estáis casado en ella?

GARCÍA Vengo a hacer las escrituras.

JUAN Pues, cuando estuvieran hechas... ¡Cuántas veces no se cumplen!

GARCÍA Lo que los nobles conciertan, aun sin las firmas, se cumple.

JUAN En cosas desta materia algunas causas impiden la ejecución que desean.

GARCÍA ¿Sois impedimento vos?

JUAN Cuando la espada pudiera responder, seguro estoy que hablara por mi defensa; pero yo tengo que hablaros aquí aparte a vos y a Celia.

GARCÍA Si ella quiere, aquí estoy yo; no hay cosa que más me venza que una honrada cortesía.

(Don JUAN habla aparte con GARCÍA y CELIA.)

JUAN ¿Es propio de la nobleza si un hombre que se casara con una dama supiera que había querido a un hombre un año con tal firmeza que, siendo los días dél trecientos sobre sesenta y cinco, tantos papeles puede mostrar de su letra? ¿Y que con celos, el alba trocaba perlas con ella, porque, llorando las dos, eran mejores sus perlas, si se espantaba la noche de ver el sol a sus puertas, que el de sus ojos gustaba de estar mirando por ella? Y si hubiese merecido cuanto de una dama honesta puede conceder Amor en exteriores licencias, ¿sería bien que, celosa, por venganza, aunque discreta, se casase a su disgusto, y el que viniese a querella sobre tanta voluntad viniese a hacer experiencia de los temores que pasa quien lo que digo sospecha? Vos sois juez; sentenciad la causa, si acaso es vuestra.

GARCÍA Pues ¿quién es el hombre?

JUAN Yo.

GARCÍA Pues ¿ quién es la dama?

JUAN Celia.

GARCÍA ¿ Es aquesto verdad?

CELIA Sí; no quiera Dios que yo mienta.

GARCÍA Ni que yo, Celia, me case con quien verdades confiesa.

CELIA Hay verdades que en Amor por los desprecios se niegan.

JUAN No desprecios, Celia mía; siempre adoré tu belleza.

GARCÍA (¡Buen marido fuera yo si a mis ojos la requiebra!) (GARCÍA se dirige a todos.) Caballeros, yo he sabido en este punto que es deuda mía, de que nunca tuve imaginación ni nuevas, la señora Celia, y quiero, ya que por serlo no pueda casarme, que no se emplee menos tan rara belleza que hoy en el señor don Juan de la Guerra y de la Vega. Esto suplico a los dos, y que yo padrino sea. Venga un "sí" doblado.

JUAN CELIA Sí.

MARTÍN Ya que de cura te precias, merezca Martín a Inés.

GARCÍA Pues de la misma manera digan el "sí" juntos.

MARTÍN INÉS Sí.

MARTÍN ...que es como el Requiem aeternam.

JUAN De Las verdades de amor aquí acaba la comedia.

CELIA Y el deseo de serviros, donde ella acaba, comienza. }

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

